

Reproducción

Número 110. — Tomo VI.

1.º de Julio de 1924.

Director:

Eliás Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Trejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.



Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Fibros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ♦ Recibos

Calonarios

Fibros en blanco

Cartetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

No. 110 * 1.º de Julio de 1924 * Tomo VI

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

Un naturalista que hace un uso humano de la ciencia natural está más cerca del reino de Dios que un sacerdote de lo sobrenatural que hace un uso necio de la ciencia sobrenatural.

¿Hay una ciencia a prueba de necios?

por E. P. Jacks (1)

La tarea del pensamiento humano, como muchos la han concebido, consiste en explicar el universo en que vivimos y de que somos partes vivas y conscientes. Este es un designio sumamente ambicioso.

Los hechos reales se consideran vul-

(1) Escritor inglés, nacido en 1860. Hemos tomado de *Inter-América* el original y lo hemos recordado en muchos lugares.

garmente como antídotos contra los misterios; y, sin embargo, hablando con la mayor seriedad, nada es tan misterioso como un hecho. No puede úno mencionar en la naturaleza un solo hecho cuya entera verdad conozca alguien. Y si esto es cierto, tratándose de los hechos sencillos, ¿qué no diremos de ese conjunto de hechos que es el universo?

Si alguna vez llegara el momento en que la suma total del universo apareciera ante nosotros, completamente descubierto, al instante quedaría explicado por sí mismo, y nos libertaría de un solo golpe de todas nuestras cavilaciones filosóficas.

Estaría más de acuerdo con la realidad de las cosas, y sería más modesto de parte nuestra, si dijéramos que la tarea del pensamiento consiste más bien en descubrir el universo que en explicarlo. Una declaración así tiene muchas ventajas: entre otras, la de que establecería relaciones más amistosas entre la ciencia, la filosofía y la religión. En vez de considerar a las tres como rivales que se arrogan, cada cual por su lado, la explicación

del universo, las consideraríamos como copartícipes en su descubrimiento, y coincidirían en el terreno de la modestia común. Admitiendo francamente que el hecho que estudia no constituye todo el universo sino un simple fragmento de él, cada una de las tres se encontraría en disposición de combinar sus esfuerzos con las otras dos, a fin de ensanchar ese fragmento, convirtiéndolo en algo más significativo y satisfactorio. «Realidad», dice Spinoza, «es lo que se explica por sí mismo, sin que necesite nada extraño que lo explique». Todo depende, por lo tanto, de percibir el hecho, la realidad. Las mínimas contribuciones a este fin, ora las aporten los teólogos o los hombres de ciencia, merecerán la gratitud de la humanidad (1). Ninguna otra contribución vale nada.

(1) Las mínimas contribuciones al fin de percibir los hechos merecen la gratitud de la humanidad. No hay ciencia a prueba de necios, pero no es en los necios en quienes debemos pensar. Nuestra divisa es positiva: POSIBILITAR EL BIEN. Juzgamos vano el intento de impedir el mal. Con lágrimas en los ojos—pues somos también flacos—nos reimos de la florescencia de códigos prohibitivos y de toda la marejada de insania que nos amenaza por todos lados.—E. J. R.

Todas las otras se resuelven, como diría Carlyle, en mera «palabrería», en lenguaje que ha perdido todo nexo con la realidad y que es, con frecuencia, tanto más irreal cuanto más asume la forma de la dicción filosófica o de la elocuencia parlamentaria.

Sir Oliver Lodge ha declarado, hace poco (1), que en la naturaleza de la materia está el encontrarse en movimiento y no en reposo. De modo, pues, que lo que la física tiene que explicar no es por qué se mueve la materia, sino por qué parece que se detiene en su movimiento.

El profesor Bergson tiene una observación parecida acerca del entendimiento. En su tratado de la memoria nos dice que lo que la psicología tiene que explicar no es por qué recordamos, sino por qué olvidamos.

No es mi propósito defender aquí estas afirmaciones. Pero cualquiera de ellas puede servir para ilustrar la verdadera naturaleza de la ciencia. La ciencia, como la materia y el enten-

(1) Esta declaración es, desde hace muchísimo tiempo, un lugar común en Física.—E. J. R.

dimiento, es, por esencia, lo que se mueve. Se mueve en un número infinito de direcciones y se mueve hasta lo infinito en cualquiera dirección en que se lance.

Por echar en olvido esta cualidad de la ciencia se ha incurrido en error al concebir el problema de sus limitaciones. Se le ha convertido en un problema territorial. En los días que corren el espíritu tiene mucho apego a los problemas territoriales, como lo sabemos por amarga experiencia propia. La costumbre de pensar en términos políticos, que tantos daños ha causado en otros sentidos, ha inducido a muchos de nosotros en error al tratarse de las limitaciones de la ciencia. Se ha hecho la tentativa de establecer una especie de geografía espiritual, en que el mundo de los intereses humanos está representado en un mapa de reinos: éste para la filosofía, aquél para la religión, el de más allá para la ciencia, y así sucesivamente, con cada territorio separado de los demás por fronteras fortificadas. Toda esa palabrería de «territorios respectivos,» de que la ciencia tiene un «mandato»

aquí, y la filosofía un «mandato» más allá, y la religión un mandato en alguna otra parte, es ocioso ejercicio de metáforas políticas, absolutamente inaplicables a la materia de que se trata. El problema no tiene parecido alguno con el problema que aparejó el tratado de Versalles, y debemos darle gracias a Dios de que no lo tenga.

La ciencia, la filosofía y la religión no son rivales que se disputan el predominio del mundo espiritual, sino colaboradores en una empresa común, y mientras mayor sea la contribución de una, más valioso será el papel que las otras desempeñen.

II

Hasta donde alcanzo a ver, no hay ningún género de verdad de que no pueda hacerse mal uso. Los necios y los bribones hacen su agosto no tanto creyendo lo que es falso como haciendo mal uso de lo que es verdadero. Si hay en este mundo una sola verdad capaz de convertir a un necio en dis-

creto *sólo con que se la enuncie*, no la conozco. Pero sí sé de muchas verdades claras de que han hecho uso los necios para su propia pérdida y de que los tiranos de la humanidad han hecho uso para sembrar de ruinas y desolación este hermoso mundo. Algunas de ellas son verdades científicas: han venido a parar en el gas deletéreo. Algunas de ellas son verdades filosóficas: han venido a parar en la charlatanería, que es el gas deletéreo del mundo espiritual. Algunas de ellas son verdades religiosas y han ido a parar en la persecución.

En el curso de mis estudios de filosofía, a veces me ha parecido que los filósofos han procurado siempre descubrir la verdad en una forma tal que nadie pueda hacer mal uso de ella. Esto es como buscar la piedra filosofal. Jamás lo consiguen. Nunca ha habido una verdad demostrada con pruebas tan categóricas ni exprimida de un modo tan claro que algún truhán no pueda explotarla para sus propios fines, o de que algún necio no pueda sacar un disparate. La verdad es a un mismo tiempo la cosa más espléndida y la

más peligrosa que existe en el universo. Algunas personas que han visto esto claramente en el reino de las ciencias positivas han pensado que otra cosa debe de ser en el terreno de la filosofía y de la teología. Pero allí tampoco hay seguridad. El perjuicio que ocasiona la mala aplicación de las verdades filosóficas, quizá sea más sutil en su procedimiento, pero es no menos dañino en sus efectos.

Cada nueva enunciación de la verdad introduce nuevos azares en la vida del hombre. ¿Cuándo tuvo la civilización más opulencia de verdades demostradas que hoy? ¿Y cuándo atravesó la civilización días más azarosos?

Llegamos aquí a un punto que tiene relación importantísima con la cuestión harto debatida de las relaciones entre la religión y la ciencia. Concedamos, para facilitar el argumento, que la religión posee un reino de la verdad inmune ante la crítica científica. Pero, ¿qué ocurre entonces? Cuando hayáis puesto vuestra verdad a salvo de la invasión científica, cuando el teólogo haya dicho al hombre de ciencia, — «De aquí no pasarás», — ¿se sigue de ello

que habéis puesto también en seguro vuestra verdad, *de modo que no se pueda hacer mal uso de ella?* No veo que una cosa se siga de la otra. No veo que las verdades religiosas queden inmunes contra el peligro de que se las aplique mal sencillamente con no permitir que el hombre de ciencia las critique. ¿Nunca se ha jurado el nombre de Dios en vano? ¿Nada hay en aquella tremenda acusación de Lucrecio: «*Tantum religio suadet me malorum*»? Si las ciencias naturales han producido sus gases venenosos, ¿podemos decir acaso que nunca se ha hecho uso de la verdad religiosa para emponzoñar la vida, para sembrar la discordia entre hermanos, para *mantener abusos* e instigar persecuciones? ¿Podemos reclamar que la verdad religiosa está, más que la verdad científica, a prueba de necios y de truhanes? Tratemos de ver esta cuestión en sus proporciones exactas. Lo que realmente importa, en cuanto a la verdad religiosa, no es ponerla a cubierto contra la crítica de los profanos, sino ponerla en lugar seguro contra la traición de sus adeptos. ¿No puede decirse que un

naturalista que hace un uso humano de la ciencia natural está más cerca del reino de Dios que un sacerdote de lo sobrenatural que hace un uso inhumano de la ciencia sobrenatural?

III

Piénsese en cómo se educó Platón. Platón fué un gran educador, pero, ¿qué clase de educación recibió? ¿Qué dirían de su educación los sistemas modernos? No aprendió ninguna lengua muerta. Sabía el griego, por de contado, habiéndolo aprendido en el regazo materno. Lo sabía mucho mejor de lo que muchos de nosotros sabemos el inglés en que traducimos sus obras. Pero él mismo no hubiera sabido traducir «la frase más sencilla» del griego, tal como la dicta un examinador moderno, en inglés ni en ningún otro idioma. No sabía nada de latín ni de lenguas modernas, ni conocía más literatura que la de su propia patria. Ignoraba la historia griega posterior al año 347 antes de Cristo. Ni siquiera conoció la diferencia entre la cronolo-

gía anterior a Cristo y la que data de Cristo; ni historia romana posterior a la guerra de los samnitas, si acaso supo de ésta; ni historia de Europa. Platón no conocía ni una sola de las lecciones que la historia ha estado enseñándole a la humanidad en estos últimos veintitrés siglos. Nada supo de la guerra civil de los Estados Unidos ni de la guerra universal.

Y, ¿qué decir de la ciencia? ¿Qué de la «evolución»? Conocía rudimentos de matemáticas, someros principios de física; pero ni álgebra, ni cálculo, ni leyes del movimiento, ni teoría de la gravitación; nada de la circulación de la sangre, y apenas las más embrolladas ideas acerca de las funciones del cerebro. Un poquillo de astronomía, y, sin embargo, ese poquillo, a despecho de ser confuso, tuvo maravillosa eficacia para echar a volar su imaginación. Pero de química; geología, biología, botánica y fisiología, como hoy las entendemos, no sabía jota. Todas éstas eran entonces capítulos en blanco en la historia de la ciencia. No existían libros impresos que le hablaran de estas cosas ni de ninguna otra. Toda

su biblioteca hubiera podido transportarse en una carretillá de mano. No había ediciones ilustradas, ni diarios, ni revistas mensuales, ni *The Atlantic Monthly*, ni el South Kensington con sus gorilas disecados y sus modelos de dinosaurios, ni el British Museum, con su biblioteca y sus momias. Cuando nació Platón, hacía ya setecientos años que Tutankamen estaba durmiendo su largo sueño, pero a ningún egiptólogo se le había ocurrido aún colocarlo en su ataúd de vidrio.

Esa fué la educación de Platón. Si no podemos decir con exactitud lo que fué, podemos decir, por lo menos, lo que no fué. No fué ni clásica ni científica ni teológica, en el sentido que atribuimos hoy a esas palabras. ¡Qué perspectiva tan limitada para un filósofo que se decía espectador de todo el espacio y el tiempo! ¡Qué estrafalario resulta lo más sencillo cuando uno se pone a cavilar en ello! Mas, a despecho de sus limitaciones, de las limitaciones de su ciencia y de sus clásicos, de las limitaciones de su historia y de su teología, Platón fué no sólo un hombre supremamente educa-

do, sino que nos legó en sus *Leyes* el tratado más profundo que jamás se ha escrito acerca de la teoría de la educación. ¿Cómo logró tal cosa? Dejo esta adivinanza para los pedagogos.

Mi propia respuesta sería que la prueba de una buena educación consiste menos en lo que sabemos que en el uso que hacemos de nuestros conocimientos. Y Platón hizo buen uso de los suyos.

IV

Otro ejemplo de distinta índole nos lo suministra la ciencia de la psicología, una de las que ambicionan y prometen más triunfos. Supongo que ningún psicólogo se dará por ofendido al verla clasificada entre las ciencias naturales. No es de suponerse que aspire a que se la llame sobrenatural, si bien algunos de sus rasgos recién aparecidos ofrecen cierto matiz sobrenatural que le dan más atractivo para muchos. La profesión médica está profundamente imbuida de psicología; el clero siente curiosidad por ésta; y aun miembros del parlamento, que rara

vez estudian ciencias, comienzan a estudiarla. Importantísimo es el papel que la psicología principia a desempeñar en las teorías de la educación. Parece posible que dentro de pocos años todos estemos sometidos a un tratamiento psicológico de una u otra clase: conjetura algo horrenda, por cierto. Pues una cosa es tratar a otras personas psicológicamente, y otra cosa que todo el mundo esté aplicándole a uno la psicología. A mí, por mi parte, no me parece una perspectiva del todo agradable. Una época en que cada hombre considere a su vecino como una coyuntura para practicar el arte de la «sugestión», se me antoja muy buena mientras uno se considere a sí mismo como psicólogo y no como vecino. Mi primer impulso en semejante mundo sería echar a correr en cuanto divisara a uno de mis semejantes.

Durante la última guerra se acusó con frecuencia a los alemanes de ser «malos psicólogos». Y es verdad que lo eran. Pero eran malos psicólogos, no en el sentido de que no supieran nada de psicología, pues en realidad sabían mucho, sino en el sentido de

que hacían mal uso de lo que sabían. Para mí, tengo que éste es un peligro a que se encuentra expuesta la psicología más que ninguna otra de las ciencias naturales. En vez de ser una ciencia que empieza a producir sus efectos benéficos desde el momento en que se la enuncia, parece más bien como si multiplicara las ocasiones de peligro en la conducta de la vida. Es una equivocación presumir que la psicología se convierte automáticamente en terapéutica. Puede igualmente convertirse en lo contrario, cualquiera que sea el nombre adecuado de esto. Los déspotas y los explotadores de la humanidad, los impostores y los perseguidores, se hacen diez veces más peligrosos cuando esgrimen el arma de la psicología.

Entre las aplicaciones ordinarias que se le están dando a la psicología, una de las más notables, aunque tal vez la menos notada, es la que se denomina el «arte del anuncio». ¿No se le ha ocurrido alguna vez al lector, cuando contempla la belleza de un anuncio o a las hechiceras muchachas que aparecen en las cubiertas de las revistas,

vez estudian ciencias, comienzan a estudiarla. Importantísimo es el papel que la psicología principia a desempeñar en las teorías de la educación. Parece posible que dentro de pocos años todos estemos sometidos a un tratamiento psicológico de una u otra clase: conjetura algo horrenda, por cierto. Pues una cosa es tratar a otras personas psicológicamente, y otra cosa que todo el mundo esté aplicándole a úno la psicología. A mí, por mi parte, no me parece una perspectiva del todo agradable. Una época en que cada hombre considere a su vecino como una coyuntura para practicar el arte de la «sugestión», se me antoja muy buena mientras úno se considere a sí mismo como psicólogo y no como vecino. Mi primer impulso en semejante mundo sería echar a correr en cuanto divisara a uno de mis semejantes.

Durante la última guerra se acusó con frecuencia a los alemanes de ser «malos psicólogos». Y es verdad que lo eran. Pero eran malos psicólogos, no en el sentido de que no supieran nada de psicología, pues en realidad sabían mucho, sino en el sentido de

que hacían mal uso de lo que sabían. Para mí, tengo que éste es un peligro a que se encuentra expuesta la psicología más que ninguna otra de las ciencias naturales. En vez de ser una ciencia que empieza a producir sus efectos benéficos desde el momento en que se la enuncia, parece más bien como si multiplicara las ocasiones de peligro en la conducta de la vida. Es una equivocación presumir que la psicología se convierte automáticamente en terapéutica. Puede igualmente convertirse en lo contrario, cualquiera que sea el nombre adecuado de esto. Los déspotas y los explotadores de la humanidad, los impostores y los perseguidores, se hacen diez veces más peligrosos cuando esgrimen el arma de la psicología.

Entre las aplicaciones ordinarias que se le están dando a la psicología, una de las más notables, aunque tal vez la menos notada, es la que se denomina el «arte del anuncio». ¿No se le ha ocurrido alguna vez al lector, cuando contempla la belleza de un anuncio o a las hechiceras muchachas que aparecen en las cubiertas de las revistas,

que con su propia persona están practicando psicólogos astutos; que se encuentra, por decirlo así, bajo tratamiento psicológico, y no precisamente con el propósito de la psicoterapéutica? Existen en los Estados Unidos y en otras partes, colegios, institutos bien organizados, donde se estudia el arte del anuncio, y la psicología es parte del programa de esos estudios. Un examen puntual de sus producciones lo convence a uno de que esos especialistas conocen todo cuanto se refiere al espíritu de grupo, el instinto del rebaño, la psicología de la multitud, el yo subconsciente, la libidine reprimida, la auto-sugestión, la heterosugestión y todos los demás pormenores de esa materia. Muchos de ellos son maestros en el arte de la hipnosis, siendo el hipnotismo el principio fundamental de su profesión.

McDougall y Stout, William James y Le Bon, Freud y Jung, no han predicado en vano para estos artistas. ¿No es significativo que los mismos métodos que emplean mi consejero espiritual para tranquilizar mi ánimo, y mi médico para apaciguar mis nervios

agotados, los empleen también estos profesores del anuncio para obligarme a comprar su *whiskey* o sus píldoras? El medio hipnótico es la figura de una botella de *whiskey*, representada de tal modo que se apodere de los ojos y no pueda escapar a la vista; o el retrato de algún cristiano rozagante, a quien las píldoras salvaron cuando se encontraba al borde mismo del sepulcro. Mediante la exhibición de estos objetos en el momento oportuno, el deseo que tiene el anunciador de vender el *whiskey* se transforma, en el paciente, en la resolución de comprarlo: transformación que—hay que fijarse en esto—se efectúa sin que el paciente caiga en la cuenta de que está efectuándose. Lo cual es puro hipnotismo.

V

La eugénesis y la criminología son otras ciencias, o cuasi ciencias, a que debe aplicarse las mismas consideraciones. Ninguna de las dos está segura contra necios ni truhanes.

En cuanto a la eugénesis, debo con-

fesarlo, hay algo que tiene un intenso atractivo en el ensueño de un mundo gobernado por una eficaz reglamentación de las funciones genésicas que permita promover y conseguir la progenie de los mejores tipos humanos y restringir la progenie de los tipos que no convengan. Pero, en las naciones democráticas, por lo menos, un sistema de esa índole no podría ponerse en práctica de un modo eficaz, sin un convenio general en cuanto a la definición del tipo mejor y del tipo que no conviene. En este punto es de barruntarse que existirá siempre gran diversidad de opiniones, aun entre las personas ilustradas. Y hasta en el caso en que supongamos que todas esas diversidades quedaran reducidas a la diferencia entre liberales y conservadores: los liberales en favor de la mayor variedad de tipos y los conservadores en favor de los pocos tipos que la experiencia ha demostrado que son valiosos; aun así, sería sumamente ocasionado a peligros que nos viéramos gobernados ahora por un principio y más tarde por el otro, como podría acontecer en una democracia.

Y la situación sería peor todavía si, como aseguran los pesimistas, es cierto que la mayoría de los votantes se compone ya de incapaces. Carlyle, por ejemplo, era de opinión que el pueblo de la Gran Bretaña se componía principalmente de necios y el pueblo de los Estados Unidos se componía principalmente de majaderos. Estas palabras son, quizás, una sátira pesada contra ambas naciones; pero deberíamos estar muy seguros de su falsedad antes de conceder a ninguno de los dos pueblos el gobierno en cuestiones eugenésicas.

Ni es imposible que ocurran cosas peores. Si el pueblo de Inglaterra o el de los Estados Unidos cayera alguna vez en manos de un gobierno parecido al de la Rusia actual, es seguro que algunos de nosotros, que nos consideramos hoy día con derecho, desde el punto de vista eugenésico, a tener una prole, quedaríamos clasificados como inconvenientes y eliminados sin demora.

Con respecto a la criminología, el peligro es más obvio aún. Una ciencia que nos enseña las condiciones en que

se producen los criminales, y, por consiguiente, nos capacita para impedir su producción, es, sin duda, de muchísimo valor, pero a condición de que sean las clases no criminales—entendiendo por crimen lo que definen como tal las personas respetables—las que vayan a administrar esa ciencia.

Mas en un mundo que ha producido a un pensador como Nietzsche y un gobierno como el de Rusia no podemos contar con que el crimen se definirá siempre como lo define ahora la respetable clase media. Si pensadores del tipo de Nietzsche llegaran alguna vez a ser reyes, o si un gobierno como el de Rusia apareciera en nuestras propias tierras, la ciencia de la criminología volveríase de súbito contra los mismos que la han creado y que ahora se atienen a sus enseñanzas para librarse de los malhechores. En Rusia han fusilado ya a varios notables criminólogos. A uno de ellos lo descubrió un viajero inglés vestido de andrajos y vendiendo periódicos en las calles de Moscou.

Y, prescindiendo de estos extremos, aun ligeros cambios introducidos en

la definición del crimen sugerirían ciertas aplicaciones de la criminología que no se compadecen en modo alguno con los intereses de hombres a quienes ahora se considera como eminentemente virtuosos. Así, pues, de la criminología, como de la eugénesis, puede decirse con certidumbre que no están ni a prueba de necios ni a prueba de bribones.

Y si esto es cierto en cuanto a las ciencias que hemos enumerado, es cierto también para las demás. Todas se detienen en el punto en que es preciso escoger entre la buena y la mala aplicación: entre la que conduce a las cosas que dañan y la que conduce a las cosas que sanan. Considerando la cuestión por su lado humano, en ese punto encontramos la limitación definitiva de la ciencia natural y también, bueno es repetirlo, de la ciencia sobrenatural, si la hay.

No se exceptúan tampoco las ciencias aplicadas: son, por el contrario, los principales ejemplos, y precisamente las que con más facilidad aplican mal los hombres perversos. La ciencia aplicada dice cómo se fabrica un fusil,

pero no dice cuándo disparar ni contra qué dispararlo. ¿Me respondéis que la ciencia cuidará de hacerlo? Yo contesto, con las palabras de San Pablo, que «no habría conocido el pecado a no ser por la ley.»

La ciencia moral, al indicarme el buen uso de mi fusil, también me revela irremediablemente, su mal uso; y puesto que el mal uso servirá a mis fines egoístas, más a menudo que el buen uso, mis vecinos corren un nuevo riesgo de ser heridos, o muertos, y despojados. Un mal hombre armado de ciencia moral es una definición del demonio. Si Mefistófeles presentara exámenes de esta materia en una universidad moderna se ganaría todos los premios. En este sentido la ciencia moral y la ciencia natural corren parejas.

In Parvo

En el comercio se da el nombre de ASPIRINA a todo «éster fenólico» del ácido salicílico (o ácido ortoxibenzoico). EL NOMBRE de «Aspirina» está registrado y no puede ser usado sino por la excelente casa Bayer. Pero los productos así denominados son especies químicas completamente definidas y, por consiguiente, fabricables en cualquier parte del globo en que haya químicos competentes: Francia, Inglaterra, Italia, Estados Unidos, etc.

Son dos las aspirinas principales: la etánica y la butánica. Sus fórmulas de constitución, sus constantes físicas, sus caracteres químicos y sus propiedades fisiológicas han sido minuciosamente estudiados. Biológicamente, presentan los rasgos del ácido salicílico (analgésico, antipirético, antirreumático, antiséptico), pero con la importantísima diferencia aportada por el cambio de

la «función fenol» en «función éster».

Al igual de todo producto químico medicinal, la aspirina es una espada de dos filos: así como puede calmar en pocos minutos un dolor de cabeza o de muela, por ejemplo, puede en otros tantos minutos provocar un desorden orgánico o agravarlo si ya existía. Pensar en que una marca de fábrica le quita a un medicamento uno de sus filos, convirtiéndolo en algo puramente favorable, provechoso y sin riesgos, es una niñería. Cuanto más activa sea una droga, tanto más peligrosa. Quien pregona la inocuidad de un medicamento, pregona también su ineficacia. De las aspirinas comerciales, la única admitida por el Códex francés y por la Farmacopea de los Estados Unidos es la etánica (ácido acetilsalicílico), que es la más fácil de fabricar y la más inofensiva, por ser también, a mi juicio, la menos eficaz.

*
* *

Quien ha señalado quizá mejor que todos el propósito primordial de la sociedad de las naciones fué el eminente jesuita español *Francisco Suárez*, cuando, al tratar del aspecto moral de las relaciones entre los pueblos, «propuso como un alto ideal cristiano *el establecimiento de relaciones jurídicas semejantes a las que rigen entre los individuos de un mismo pueblo para impedir que cada individuo se haga justicia por sus propias manos*».

*
* *

Por último, una palabra de Ramiro de Maeztu, con quien algunas veces estoy de acuerdo: «¿No habrá quien se persuada de que el cerebro humano no llega a su madurez antes de los cuarenta o cincuenta años, y que si se suprimiera la obra hecha por hombres de más de cincuenta años, desaparecería la civilización?»

E. J. R.

Para entablar relaciones con los jóvenes de El Ateneo de Saltillo (Coah., México), reproducimos una de las composiciones de su Revista:

¡A MI MADRE!

POR FELIPE SÁNCHEZ JR.

ENVÍO:

¡Porque soy carne de tu carne!
¡Porque mi sangre es sangre tuya!
¡Yo te bendigo, Madre....!

*
* *

I

Pulsa el poeta su lira de oro
Y de sus cuerdas un himno arranca;
Y canta glorias y hechos heroicos,
Y canta al mundo y al cielo canta.

Yo en cambio, Madre, no necesito
En liras de oro bordar mis cantos:
Pulso tan sólo cuerdas del alma,
¡Y de esa lira yo los arranco....!

II

Yo te bendigo, porque a la sombra
Edificante de tu cariño,
Pasa mi vida tan silenciosa
Como las quietas ondas de un río

Porque mis penas tus penas fueron;
Porque has gozado cuando he reído;
Porque supiste mezclar tu llanto
Con el tesoro del llanto mío.

III

Porque eres santa, porque eres buena;
Porque redimes con tu palabra;
Porque eres canto junto a la cuna;
Porque eres, Madre, paño de lágrimas;

¡Porque es mi carne la carne tuya...!
¡Porque es mi sangre de tus entrañas...!
Porque me has dado la vida entera,
¡Yo en estos versos te entrego el alma....!

Saltillo, abril de 1924

De oro y azul

Uno de los peores resultados de la democracia, es convertir la cosa pública en botín de políticos mediocres y envidiosos, naturalmente poco respetados de la muchedumbre, que ha visto ayer humillándosele a su mandatario de hoy.

RENAN

Todo gobierno condenado a perecer
perece por los medios mismos que em-
plea para salvarse.

L. N. BONAPARTE

*
* *

Profeso absolutamente y sin reservas,
la doctrina de que la ciencia no tiene
más objeto que la verdad, la verdad en
sí misma sin temor a las consecuencias
buenas o malas, lamentables o afortuna-
das, que de ella puedan derivarse. Com-
prendida así, la investigación común,
perseguida con idéntico espíritu en todos
los pueblos civilizados, llegará a formar
sobre nuestras nacionalidades limitadas,
diferentes como son y hostiles a menudo
recíprocamente, una hermosa patria que
la guerra no manchará, ni amenazará
ningún conquistador, donde encontrarán
las almas el refugio y la unión que les
brindaba en otro tiempo la ciudad de
Dios.

GASTÓN PARÍS

(Hace más de medio siglo).

*Homo sum, et humani nihil a me
alienum puto.*

Hombre soy, y nada de lo humano me es
extraño.

*Nihil est iam dictum, quod dictum
non sit prius.*

Nada se dice ahora que no haya sido di-
cho antes.

TERENCIO

(Siglo II a. J. C.)

Si Ud. desea leer con regularidad ésta revista, sírvase acusarnos recibo de tiempo en tiempo, siquiera dos veces al año. Basta con que nos envíe su tarjeta de visita.